EL VALOR ESPECÍFICO DEL ANTIGUO TESTAMENTO

Von Eigenwert des Alten Testaments. Theologische Quartalschrift, 160 (1980) 2-16

Ningún cristiano consciente apoyaría hoy que la Iglesia renunciase de una vez al Antiguo Testamento (AT), pero si se pregunta para qué lo necesita, surgen embarazosamente las respuestas más variadas, incluso entre especialistas.

Sin embargo, en sus primeros cien años de existencia, la única Biblia de la Iglesia era el AT, por lo que se vio precisada a hacer derivar de él su predicación. Pero a mediados del siglo II, a la Biblia original de la primitiva Iglesia, el Antiguo Testamento, se añadió una segunda Biblia, el Nuevo Testamento; la Iglesia se vio así ante el grave dilema de colocar a éste **al lado** o **en lugar** del AT. La gran Iglesia se decidió por lo primero, y una vez superada la crisis de Marción, fue consciente de poseer una única Biblia dividida en dos partes.

EL ANTIGUO TESTAMENTO COMO PROMESA DE CRISTO

Tipología veterotestamentaria

El papel que había que adjudicar al AT, no podía provocar problema alguno. Desde la perspectiva de que el AT había predicho el acontecimiento de Cristo (por Ej. Is 7, 14 anunciaba el nacimiento de Jesús de la Virgen María; cf. Mt 1, 22s), una vez que se contaba con los documentos neotestamentarios no había que encontrar un nuevo papel para el AT: contenía las predicciones del acontecimiento de Cristo, cuyo cumplimiento era atestiguado por el NT. Esta es la fórmula con que la Iglesia describe desde Justino la relación entre ambos Testamento.

Está claro que con ello se constriñó al AT a un papel inadecuado, trastocando el sentido directo de muchos textos para que sirviesen como preanuncio de los sucesos de NT. Y cuando ocurría que no se lograba encontrar ninguna predicción clara en el AT, como por ejemplo para la cruz de Cristo, se decía que tales sucesos no eran anunciados con palabras, sino mediante "signos", "símbolos", "tipos". Y así no sólo la serpiente de bronce aparece como símbolo de la cruz (Num 21, 8; cf . Jn 3, 14), sino que Justino logra sacar una alusión a ella de toda referencia que el AT haga a algo de madera.

Hoy se da ya un amplio consenso sobre la inaplicabilidad de la tipología en su forma tradicional, pese a que los escritores neotestamentarios se sirven de ella (como también de la alegoría, que hoy ya nadie acepta como vinculante). Hasta von Rad, uno de sus mantenedores modernos más notables, concede que "la exégesis tipológica no se puede renovar ya". Y de hecho .la tipología no contribuye para nada a una mejor comprensión ni del Antiguo Testamento ni del Nuevo.

Lo que hace por el contrario es sustraer todo contenido propio al AT. ¿Podemos pensar seriamente que Dios mandó a Abraham sacrificar a su hijo para hacer referencia al sacrificio de Jesús? Sólo el cristiano descubriría entonces el significado de la historia de Isaac, pero no por ello se le hace ni más comprensible ni más conmovedora la cruz de

Jesús. Y al revés, tampoco la predicación singular e inagotable que constituye el relato del sacrificio de Abraham, gana nada con la referencia al de Jesús. Claro está que no se puede impedir el trazar un paralelismo entre ambos datos; pero ello no quiere decir que el sacrificio de Isaac sucediese por causa del sacrificio de Jesús.

Predicción y cumplimiento. La historia como profecía

La tipología no es más que una forma de plasmar esa comprensión de la Escritura que considera la relación entre los dos Testamentos bajo la perspectiva de predicción y cumplimiento, una perspectiva que no tiene por qué resultar falsa, aunque la tipología haya patentizado su inutilidad. Pero también el esquema interpretativo general tropieza con grandes dificultades: la mayor parte del contenido del AT no tiene un carácter de predicción. ¿Qué pueden predecir los diez mandamientos? ¿o las advertencias del deuteronomista contra los dioses cananeos? ¿o las normas caseras de actuación de los Proverbios? ¿o los poemas de amor del Cantar? Incluso los profetas, de quienes sobre todo se podría esperar una predicción de las realidades cristianas, nos dejan desamparados, pues resulta difícil mencionar una profecía siquiera que realmente se haya cumplido en Cristo 0 en la Iglesia; al contrario, de un análisis más detenido resulta que, más que apuntando a Cristo, los profetas han hablado prescindiendo de El.

En vista de tales dificultades, notables teólogos modernos han tratado de buscar lo profético del AT donde a primera vista menos se podía esperar en su parte histórica. Así recuperan la intención de la tipología, pero con un aspecto más convincente. Von Rad, por ejemplo, encuentra el carácter tipológico del AT ya sólo en el hecho de que todo nivel de plenitud alcanzado en la historia de Israel señala de nuevo hacia adelante y es, por tanto, expectativa de nueva plenitud; de este modo en la historia efectuada por la palabra de Dios aparecería ya prefigurado el acontecimiento neotestamentario de Cristo.

Y si no en detalle, al menos en su totalidad, ¿no es la historia del AT una promesa en cuanto que -quizá incluso en virtud de una necesidad inmanente- empujaba a su culminación en el acontecimiento de Cristo? Eso significaría entonces el auténtico "sentido cristiano" o el "cumplimiento" del AT. Ello no quiere decir necesariamente que la historia del NT sea la prolongación ininterrumpida de la veterotestamentaria, pero sí que en ella llega a su plenitud la salvación desarrollada progresivamente en el AT.

Entra así en juego el concepto de "historia de la salvación".

La historia de la salvación

Todo el mundo habla de la historia de la salvación, pero no queda claro qué se entiende con ello. H. Ott la define como "la sucesión de hechos divinos que se producen según un plan preconcebido de Dios". Según K. Rahner, se trata "de la esencia del período histórico-salvífico que se designa como Antiguo Testamento, tal como es concebido desde la nueva alianza a partir de las fuentes dogmáticas de la teología", con lo cual naturalmente resulta superfluo interrogar al propio AT. ¿Dónde poner el comienzo de ese "período histórico-salvífico?" ¿No habría que entender, con W. Pannenberg, la historia entera de la humanidad como historia de la salvación, puesto que toda actuación de Dios, que es amor, está de uno u otro modo referida a la salvación del hombre?

Desde el punto de vista no ya dogmático, sino histórico, la perplejidad aumenta, pues no parece adecuada la distinción que se suele hacer entre historia bíblica e historia profana, en el sentido de que ésta trataría de los hechos humanos y aquélla de los hechos de Dios. Lo mismo que cualquier otra, la historia de Israel ha sido hecha por hombres; cosas como las intrigas palaciegas para suceder a David o la sangrienta revolución de Jehú (1 Re 1; 2 Re 9s) no- se pueden poner a la cuenta de Dios, incluso aunque haya por medio algún profeta.

Mucho más difícil todavía es reconocer en la historia de Israel un proceso planificado y sólo aclarable desde Dios, tanto más cuanto que dicha historia -precisamente a juicio de los teólogos israelitas- discurrid en muy buena parte en abierta oposición a la voluntad de Dios. De aquí la necesidad de revisar con cuidado algunas formulaciones biensonantes para comprobar si justifican el uso del concepto "historia de la salvación" como un plan dispuesto por Dios para un fin. No es de extrañar que hoy aumenten las voces en favor de erradicar dicho término del vocabulario teológico, pues además no es en absoluto inequívoco. Hay fundamentalmente dos posibilidades de entender la "historia de la salvación" como una historia que representa o efectúa la salvación y como una historia que -por mucho infortunio que pueda contener- se encamina y desemboca en la salvación.

a) En el primer sentido, la historia de Israel expuesta en el AT, ciertamente no se puede designar como historia de la salvación. Incluso los sucesos habitualmente considerados como hechos salvíficos divinos por excelencia, como la conquista de la tierra o la monarquía davídica, son enjuiciados por los profetas de forma nada positiva. Y aun cuando algunos profetas señalen hacia una salvación futura procedente de Dios (una salvación, por otro lado, nunca acaecida), en su conjunto predican más bien el infortunio que la salvación. Y finalmente sí según el NT (Ga 3, 21; Hb 7, 19) el orden veterotestamentario fue incapaz de producir la salvación, quien pretenda asumir su punto de vista no podrá ver nunca en la historia del AT una historia de salvación.

b) Pero ¿no lo será al menos en el sentido de que prepara una salvación y desemboca en ella la salvación de Jesucristo, en cuyo nombre se da únicamente la salvación según el kerigma neotestamentario? Tampoco una tal construcción se mantiene, pues hoy se reconoce que el acontecimiento del NT no es la conclusión orgánica de la evolución veterotestamentaria, sino algo discontinuamente nuevo, tal como lo entienden los propios escritores del NT (Me 1, 27; 2, 21 par; Jn 13, 34; 2 Co 5, 17). Y tampoco saben nada de una historia de la salvación que fluyera hacia Cristo sin solución de continuidad, sino que se rebelan con todas sus fuerzas contra semejante concepción. Cuando el NT hace referencia a la historia del AT, o bien la utiliza como colección de ejemplos edificantes (alusiones a Ellas, Macabeos, etc.), o bien la pone al servicio de intenciones teológicas muy determinadas (como las genealogías); en general le interesan más bien los relatos parahistáricos, con la auténtica historia de Israel no sabe qué hacer.

CRISTO EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

Ya la antigua Iglesia pretendió del AT algo más que ser mera predicción, viendo en él al propio Cristo hablando y actuando. Si para el cristiano, Cristo es el único Maestro, el único camino, la única verdad, ¿no resultará entonces el AT importante y vinculante

para nosotros tan sólo en la medida en que da testimonio de Cristo, en que Cristo nos habla desde él?

Sobre todo a raíz de la toma del poder por Hitler, no han faltado quienes pretenden fundamentar la actualidad del AT para el cristiano en su carácter "erístico". Hay que mencionar sobre todo a W. Vischer, que entiende el "cumplimiento" de las promesas del AT por parte de Jesús en un sentido más pleno: sólo se puede entender e interpretar correctamente el AT cuando se entiende e interpreta cristológicamente. Cristo es quien actúa en el AT, Cristo es quien nos habla por él; en Cristo se concertó ya la alianza de Noé, con Cristo luchó Jacob en la noche. Todo conocimiento de Dios que se halle en el AT, viene por mediación de Cristo. En consecuencia, sustrae el AT a los judíos, pues al ser Jesús el Mesías, sólo puede pertenecer a quienes creen en él, a la Iglesia.

En este contexto hay que mencionar también, aunque con reservas, el nombre de D. Bonhoeffer. Cierto que nadie como él rechazó tan apasionadamente una comprensión del AT como mero estadio religioso previo, así cómo una sensibilidad exclusivamente neotestamentaria. Y sin embargo el pensamiento de Bonhoefer está atravesado por una comprensión cristológica del AT; para él son inseparables Cristo, la Biblia y la Iglesia, que lee la Escritura entera como el libro de Cristo.

Aunque quizá la interpretación erística del AT está influenciada por la peculiar situación de aquél tiempo, con todo sigue estando muy difundida hasta hoy la idea de que para el cristiano el AT sólo tiene vigencia en la medida en que se halla en él algo cristiano. Sobre todo en el ámbito cultural francés se habla del "sentido cristiano del AT, bien entendiéndolo en un sentido meramente propedéutico, o bien viendo, como P. Grelot, la vida de Israel como "una vida en el misterio de Cristo". Pero ya se considere a Cristo presente en el AT, o bien a éste como preparación a Cristo, en todo caso se está de acuerdo en que sólo el cristiano puede entender realmente el AT. Una convicción que acompaña a la Iglesia desde la comunidad primitiva hasta hoy, y que es prácticamente común a las grandes confesiones cristianas. ¿Podemos contentarnos con ello?

EL ANTIGUO TESTAMENTO COMO LIBRO DE DIOS Y DEL HOMBRE

Marginalidad del AT para las cristianos

Queriendo legitimar el AT en la Iglesia cristiana al vincularlo fuertemente a Cristo, no se caía en la cuenta de que con eso se le tornaba superfluo. Pues ¿qué me importa el preanuncio, si ya ha llegado la realidad anunciada de antemano? ¿Qué me importa lo imperfecto, lo fracasado (como dice Bultmann), si ya tengo lo perfecto? En lo concerniente a Cristo ¿podrá decirme el AT algo más o mejor de lo que me dice el NT?

En la Iglesia Católica, la reforma litúrgica parece haber revalorizado el AT extrayendo cada domingo una lectura de él. Pero generalmente está acomodada a las del NT, con lo que el contenido de fondo viene a ser el mismo; el fiel cristiano se pregunta entonces qué añade de nuevo el AT, si todo lo importante está ya en el NT. Esta pregunta ha sido agudizada por el Vaticano II, que, pese a todo lo positivo que lleva a decir de él, sólo concede importancia al AT en la medida en que se le entiende en sentido cristológico. Si el conjunto del AT queda asumido en el mensaje del NT, ¿no quiere decir esto que ya no se le necesita?

Es claro que esta perspectiva resulta completamente ahistórica, pues no tiene en cuenta que los escritores neotestamentarios consideraban al AT como su Biblia y vivían de ella. Lejos de ellos pues el repetir otra vez lo dicho ya en ella; se limitarían por tanto a la novedad introducida con Cristo, presuponiendo como cosa evidente tanto para sí, como para las comunidades, el Antiguo Testamento entero.

Valorar el AT frente al NT

Veamos un ejemplo. Las diversas exposiciones teológicas del NT están de acuerdo en que Jesús asumió la **imagen de Dios** del judaísmo contemporáneo, introduciendo sin embargo correcciones significativas. Pero no siempre queda claro si se trata de correcciones a la imagen veterotestamentaria de Dios o a las deformaciones que de ella se habían infiltrado en el judaísmo de entonces. Cuando Bultmann contrapone al Dios lejano de la piedad judía el Dios de Jesús, el Padre cercano y presente que escucha la oración de sus hijos, puede que tal contraposición valga para el judaísmo de aquel tiempo, pero ciertamente no vale para la imagen de Dios del AT. No es posible una cercanía mayor y una relación del hombre con Dios más personal que la que se encuentra en el AT, no alcanzada ya por el NT. Mientras que en el AT encontramos 130 veces la expresión carvi Dios", muchas de ellas como apelación orante, resulta completamente extraña al NT, donde sólo aparece en una cita del salmo 22. Sin embargo, en el AT atestigua una comunión íntima con Dios y una inmensa confianza en El. Si añadimos giros tales como "Dios es mi ayuda" (Sal 51,16), o designaciones de Dios como "mi fortaleza", "mi peña", "mi alcázar", "mi libertador", "mi roca", "mi refugio" (Sal 18, 2-3), llegamos nada más a barruntar la inmediatez en que el creyente del AT se sabía con respecto a Dios, a su Dios.

La imagen veterotestamentaria de Dios es no sólo más personal, sino también incomparable más plural que la del NT. El AT habla del Dios cercano y del Dios lejano, del Dios que se revela y del Dios que se esconde, del Dios aprehensible humanamente y del Dios inconcebible, imprevisible y misterioso. Con esta pluralidad de facetas experimenta a Dios. El Dios del AT puede explicar también el mal del mundo, mientras que el NT es inapropiado para ello.

Como la corrección más destacada que hace Jesús a la imagen contemporánea de Dios, se suele mencionar que se dirige a Dios como Padre. Por lo que respecta al judaísmo, la literatura rabínica ya de aquel tiempo está llena, de expresiones como "Padre nuestro en el cielo", y el mismo hecho de que Jesús hable con tanta naturalidad del Padre de los cielos, parece indicar que no les resultaba nada desacostumbrado (cf. Jn 8, 41). Y en cuanto al AT, no requiere mayor explanación lo habitual que resulta el título de Padre para Dios, como lo muestran por ejemplo los 40 nombres de persona en que entra la raíz **ab**. La reticencia en atribuirle formalmente ese título procede del cuidado en alejar de Yahvé todo componente de tipo sexual en la polémica contra los cultos cananeos de la fecundidad (cf. Jer 2, 27).

Con todo, sigue siendo verdad que Jesús ha constituido de modo especial la paternidad como núcleo de su imagen de Dios. Con ello no sólo la ha dilatado, sino también al mismo tiempo la ha restringido, excluyendo todos los rasgos maternales claramente articulados en el AT (Is 49,15; 66,12s; cf. Jer 31, 20; Os 11, 1-11), a los que tan sensible es nuestro tiempo, mientras que a nuestra "sociedad sin padre" va resultándole cada vez

más extraño el Dios neotestamentario, exclusivamente padre (además de las conocidas consecuencias de esta imagen para las estructuras y ministerios de la Iglesia).

Pero aún tiene mayor importancia otra cosa. Según toda apariencia, el cristiano no tiene ya una relación personal con Dios tan inmediata como el israelita. Para éste Dios tiene rango prioritario, mientras que el cristiano lo coloca más o menos conscientemente en segunda fila. El primer puesto es para Cristo: sólo a través de El, mediador entre Dios y los hombres, tiene el creyente acceso a Dios. Por eso la comunidad primitiva transfiere a Cristo la concepción del Dios personal. De aquí que una teología del NT, no parezca saber decir mucho sobre Dios; la sustitución de la teología por la cristología llega así a la última y brutal consecuencia de considerar a Cristo como representante del Dios ausente (D. Sölle).

Un segundo capítulo en que el AT supera al NT, es el de la **oración**. Para la Iglesia primitiva resultaba evidente el uso de los salmos para orar; no es de extrañar que en el NT encontremos sólo breves plegarias. Nunca entendió la Iglesia en sentido exclusivo la recomendación del Padrenuestro; su vida de oración sería incluso hoy inconcebible sin el AT, pues además los salmos corresponden mejor a las concretas situaciones del hombre ante Dios.

Y así se podrían encontrar muchos puntos en los que sencillamente el AT no queda recogido por el NT. Por ejemplo, el tema alegría aunque el NT hable a menudo de ella, se trata siempre de una alegría espiritualizada, por encima de la realidad de nuestra vida (Mt 5, lls; 9,15; Jn 15, 11; 16, 2Q), una **alegría** siempre tan sólo "en el Señor" (Flp 4,4), mientras que en el AT uno se alegra de la vida, de la fiesta, de la cosecha, del vino, de la naturaleza, de la esposa...

La Iglesia y el AT

Sería premioso entrar en otros ámbitos del AT, los cuales resultan tan vitales, que engloban también las experiencias del hombre moderno, como creación, amor (y amor entre hombre y mujer), naturaleza, dolor, muerte. Baste para dejar en claro que la adhesión de la Iglesia al AT sólo está justificada, si éste presenta un plus frente al NT, si ofrece al hombre un auxilio vital que el NT no puede proporcionarle.

En general nuestra forma de manejar la Biblia adolece de una consideración excesivamente unilateral como fuente de revelación y como libro de doctrina religiosa, cuando ante todo representa un espejo de la vida con sus alturas y profundidades, y una

orientación por parte de Dios al extravío humano. Por eso, junto al Nuevo Testamento como **libro de Cristo**, la Iglesia precisa con similar urgencia del Antiguo Testamento como **libro de Dios y del hombre.** La pluralidad teológica tan invocada y que sin duda encontramos en el NT, se amplía mucho más si añadimos al AT, que nos franquea aspectos completamente distintos en multitud de cuestiones de fe y de vida.

Pero si la Iglesia cristiana ha convertido la Biblia judía en Biblia de los cristianos, ¿nos es lícito interpretarla por así decir "acristianamente", sin relación alguna con Cristo? Esta es la gran preocupación por ejemplo de Bonhoefer, que teme entonces permanecer en una comprensión judía y pagana del AT, reduciendo éste a uno más de los

documentos religiosos del Próximo Oriente. Pero en realidad hay una diferencia decisiva, aun cuando el AT no se distinguiese cualitativamente de otros libros religiosos orientales. Y es que la Iglesia no se pronuncia por el Avesta o el Corán, sino por el Antiguo Testamento. Si hay en él algo "cristiano", es sólo que la Iglesia ha dicho y sigue diciendo sí a este libro, a este libro sobre Dios y el hombre; que lo ha incorporado al canon de sus sagradas escrituras y nos lo pone en la mano, como una ayuda para la fe y como una ayuda para la vida.

Tradujo y extractó: ALVARO ALEMANY